



CONQUISTAR CON LAS PALABRAS

Escribe: Alonso Domínguez - Docente de Lengua y Literatura

En ocasiones el lenguaje es el más sublime y delicado de los medios. Otras veces es un cuerpo vivo, con extremidades, voz y conciencia; es decir, un fin en sí mismo. Eso explica por qué Jakobson tuvo que postular la *Función poética del lenguaje*, en vista de que Bühler no se fijó en cómo una frase puede desorbitar a una conciencia o, sencillamente, conquistarla.

Pero conquistar no es asunto sencillo. La rae le atribuye más de una acepción a esta palabra: ganar un territorio, conseguir algo con esfuerzo, ganar la voluntad (poner a favor), cautivar a otra persona. A excepción de la primera, las restantes otorgan el sentido más cálido que nos interesa: esfuerzo, voluntad y persona. Sin embargo, esforzarse para ganar la voluntad de una persona no obedece únicamente a un fin persuasivo. No se trata de convencer al lector (menos de manipularlo); hay un valor esencial que es inherente a todo ser y su expresión: la belleza. El efecto que puede generar un texto es también valioso por la atención que exige y no solo por la idea que se pretende comunicar. El deleite ante una palabra se suscita no solo por su forma y su significado, también por su poder para expresar, para atraer.

Y qué mejor manera de cautivar a alguien sino con certeros y azules golpes dirigidos a su razón. Hay que hacer pensar al lector, sí, pero no solo con el asunto y la novedad, también con las palabras. Ellas deben de exigirle más de sí mismo, incitarle a que se reformule, a que sacuda su tibio o cuadro pensamiento y sea un hombre que renace gracias a la lectura. Un suceso fortuito puede ser el pretexto perfecto para propiciar la reflexión sobre el lenguaje como medio y signo estético, como vehículo de la belleza.

¿Qué sería de un periodista sin el cálido latido de una metáfora? Sin un epíteto, hasta el sustantivo más bello puede tornarse corriente. No me imagino una crónica que carezca de voz figurada y atractiva. Incluso, hasta las pausas deben de ser un sutil silencio y no solo una ausencia de sonido. La extensión de la palabra, su hermandad con el sonido de la próxima y la distancia entre sus acentos, todo ello constituye una virtud que ningún comunicador debe de soslayar en su texto. En este sentido, la retórica siempre será la luz que esclarezca nuestra manera de escribir.

Vallejo, tan necesario, nos dijo una vez: ¡Cuidate de los que te aman! / ¡Cuidate de tus héroes! / ¡Cuidate de tus muertos! (de *Cuidate, España, de tu propia España*). Yo diré, joven comunicador, cuidate de la afectividad sin emoción, cuidate del fulgor sin sentido, cuidate de la cómoda y cruda sencillez, de un sonido sin significado, de una palabra innecesaria. El

No se trata de convencer al lector (menos de manipularlo); hay un valor esencial que es inherente a todo ser y su expresión: la belleza.

estilo es fruto de las decisiones y preferencias del escritor; sin embargo, también de sus intenciones, entre las que no debemos de olvidar al deleite.

A veces el lenguaje es un cuerpo vivo, con extremidades, voz y conciencia. Es así, el lenguaje es medio y fin; su naturaleza nos exige una dedicación especial para que lo dicho trascienda más allá de un acto comunicativo. Por ello, nuestros lectores no deberían ser privados de su extraordinaria y disímil esencia. Hay que conquistar al lector con la beldad de las palabras.